

**Inocencia y experiencia: abordaje comparatista a “La escritora”, poema de Richard Wilbur y *Primeros pasos*, cuadro de Antonio Berni**

**Eugenia Flores de Molinillo**

Universidad Nacional de Tucumán

Es innegable la gran contribución que la crítica comparatista ha aportado a los estudios literarios. Tanto las similitudes como los contrastes que pugnan por salir a la luz a través del enfoque comparativo enriquecen sin duda la comprensión y la fruición del hecho estético al subrayar aproximaciones y diferencias, algunas de ellas a menudo provenientes de factores que trascienden el hecho artístico propiamente dicho, tales como, entre otras posibilidades, el trasfondo ideológico –en el más amplio sentido de la palabra– de los autores, las circunstancias histórico-geográficas en las que transcurren sus vidas, o los ejes estéticos e intelectuales que entran en acción como motivadores de cada obra. Como muy bien lo dicen Clayton Koelb y Susan Noakes, la literatura comparada

... representa una filosofía de las letras, un nuevo humanismo. Su principio fundamental consiste en la creencia en la integridad del fenómeno literario, la negación de las autarquías nacionales en la economía de la cultura y, en consecuencia, en la necesidad de una nueva axiología (...) representa más que una disciplina académica. Es una visión panorámica de la literatura, del mundo de las letras, una ecología humanística, una visión inclusiva e integradora del universo cultural. (Koelb y Noakes, 9).

Y si consideramos que la vasta perspectiva de la comparatística contempla la inclusión de obras no solamente literarias, y esos contactos con obras musicales, cinematográficas, pictóricas y otras multiplican las posibilidades de indagación crítica al mismo tiempo que las tornan provocativas y estimulantes.

La experiencia personal que me ha llevado a la lectura comparativa del poema “La escritora” del poeta estadounidense Richard Wilbur (1923-2017) y el cuadro *Primeros pasos*, del pintor argentino Antonio Berni (1905-1981)– se vincula con el hecho de haber conocido al poeta estadounidense en una visita a su país, en la década del '70, y haber admirado su producción al encontrar en ella una sencillez que no desdeña la profundidad, en la línea que Robert Frost o William Carlos Williams cultivaran: poetas capaces de usar la lengua con una claridad meridiana pero que al

mismo tiempo saben sorprender con una metáfora o con una visión de lo cotidiano que sacude el texto, como si ese texto se echara a volar por cuenta propia.

Tiempo después vi por vez primera uno de los cuadros de Antonio Berni en el Museo de Bellas Artes de la CABA, *Primeros pasos*, y sentí una sensación de *dejá vu*, sin lograr identificar en ese momento de dónde provenía tal reacción. La revelación vendría tiempo después. El cuadro de Berni es una atractiva composición en la que color y la forma, además de las sugerencias del contenido, cautivan al espectador, invitándolo de inmediato a la interesante tarea de descifrar la situación planteada: una señora joven sentada ante su máquina de coser y una adolescente que muestra graciosamente su figura esbelta en un paso de danza. Hay, pues, una muchacha joven creando arte, tal como sucede con el personaje de la hija en “La escritora”, de Richard Wilbur y, en vez de un padre, cuya voz enuncia el poema, tenemos aquí una madre que parece estar meditando. Estos personajes femeninos de Berni, en la interesante habitación que contiene a ambas, madre e hija, convocan una situación, tal como sucede con la imagen del poema de Wilbur. En “La escritora” la voz narradora es la del padre, quien proporciona el respectivo relato, mientras que, en Berni, es el espectador quien se encarga de descifrarlo.

El texto pictórico sugiere la madeja de una narración, un argumento. Las protagonistas son, vimos, madre e hija, modeladas a partir de la imagen de la esposa de Berni y la de Lily, hija de ambos. Aquí debo incluir la atendida mirada de una talentosa amiga, Margarita Schultz, profesora en filosofía y pintora, que ve en la niña la juventud perdida de la mujer mayor, cuyos sueños incumplidos son la carga que se transparenta en su expresión severa. Me atrevo a decir que la polisemia tiene en la imagen —o sea en el cuadro— mayor posibilidad de ramificar que la que tiene la palabra —en el poema—, ya que la palabra está por lo general destinada a un recorte más puntual de la realidad.

El historiador Jorge López Ayala se ha referido a la melancolía que invade a estos personajes que Berni pinta en los años treinta y cuarenta como una figura alegórica que alude a la desesperanza y la carencia de sentido que alumbra la crisis de la modernidad. *Primeros pasos* es de 1936. Un estado de abatimiento doloroso que podría resumirse como la cesación de interés en el mundo exterior. En ese sentido, la figura de esta madre, de espaldas a la realidad que se adivina por la puerta abierta y cobijada en ese interior sumamente estructurado, pareciera ilustrar un estado de ánimo lleno de desaliento, vinculado a lo inquietante que la puerta abierta revela. Al decir del poeta Rodolfo Alonso acerca de la función de toda imagen, “no es solo el recipiente que

transporta algún concepto, sino que es el desencadenante de un proceso –a la vez simple y complejo– de comunicación.” (Alonso, 57)

Está claro que la expresión de la mujer traduce un sentimiento de desencanto, pero... ¿se trata de algo puramente personal, acaso derivado de su rutina de madre y ama de casa, o de algo más generalizado que podría derivarse del horizonte histórico implicado en esta pintura? Si se piensan las consecuencias de la crisis de 1929 –que Berni reflejó en sus obras murales del ‘34–, en el avance del fascismo en Europa y en el período autoritario que abre la revolución de Uriburu en Argentina, a la luz de la percepción que el artista tenía sobre los efectos sociales de la política, queda patente que lo histórico y lo privado se encuentran en esta obra por su decisión. Los retratos de la esposa y la hija han sido sin duda iconizados para constituir tipos humanos vinculados por el lazo indestructible de la transmisión de la vida.

Volvamos ahora al poema de Wilbur, publicado en 1976, cuarenta años después del cuadro de Berni:

*La escritora, Richard Wilbur*

En su cuarto, en la proa de la casa,  
donde irrumpe la luz y el tilo se abate en las ventanas,  
mi hija escribe un relato.  
Me detengo en la escalera,  
escuchando, tras la puerta cerrada, una conmoción de teclas  
como si una cadena fuera izada por la borda.  
Joven como es, las cosas  
de su vida son una gran carga, en parte, pesada:  
le deseo un feliz viaje.  
Pero ahora es ella quien hace una pausa,  
como quien rechazara la simpleza de mi idea.  
Se agranda una quietud, en la cual  
la casa entera parece estar pensando  
y luego ella prosigue con un clamor enrevesado  
de las teclas, y hace silencio de nuevo.

Recuerdo el estornino aturdido  
que estuvo prisionero en ese mismo cuarto hace dos años;  
cómo entramos, sigilosos, y abrimos un postigo  
y nos retiramos, para no causarle miedo;  
y cómo, por una hora de impotencia, desde una rajadura de la puerta,  
observamos esa suave, salvaje, oscura  
e iridiscente criatura  
golpear contra ese brillo, caerse como un guante  
sobre el duro suelo o sobre el escritorio,  
y esperar entonces, encorvado y sangriento,  
la cordura para intentar una vez más; y cómo nuestro ánimo  
creció cuando, seguro de repente,  
se lanzó desde el respaldo de una silla,  
aleteando su rumbo hacia la ventana correcta  
y perdiéndose en el alféizar del mundo.  
Siempre es una cuestión, querida,  
de vida o muerte, como yo ya había olvidado. Te deseo  
lo que ya te dije antes, pero más.

El poema, sin duda, es el relato de una experiencia vivida y recordada por el autor, lo cual, desde el punto de vista literario, puede no tener importancia, pero sí la tiene desde el punto de vista meramente –lo decimos con ironía– humano. La experiencia de la paternidad emerge como rectora de la situación, subrayando el tono realista de la inspiración de Wilbur, rasgo que predomina en gran parte de su obra.

La voz del padre, en tiempo presente, transmite hechos objetivos impregnados por una discreta emoción: la hija ha iniciado un periplo que deberá recorrer para llegar a la madurez, y la voz poética introduce el campo semántico apropiado: un viaje, un viaje por mar: “la proa” de la casa, el tecleo de la máquina, es el ruido de la cadena del ancla que se eleva por la borda, y una pesada carga que habrá de transportar. El padre, escritor, sabe que es ella la que debe intentar ese viaje, tal como aquel estornino aprisionado en la misma habitación logró al fin encontrar la abertura que le devolviera la libertad. Y el destino no los defraudó: Ellen Wilbur está considerada actualmente como una notable cultora de la ficción breve.

Berni y Wilbur son hombres del siglo XX, involucrados en los devenires del mundo en el que les tocó vivir y han encontrando en ese mundo los motivos que plasmaron en sus obras, si bien la producción de cada uno respondió a diferentes inquietudes: en Wilbur, predomina una suerte de celebración de la experiencia de estar vivo y poder plasmar situaciones, momentos, sentimientos, con mirada aguda y un admirable manejo de la dicción poética. A sus 18 años, Wilbur experimentó la Segunda Guerra Mundial. Para entonces ya había afianzado su pasión por la escritura, habiendo publicado su primer poema a los 8 años. En 1944, el Cabo Wilbur partió con las tropas que invadirían el sur de Francia. Sus estudios de francés en la universidad le permitieron una rica experiencia durante su estadía y ello fue tal vez lo que haría de él un excelente traductor al inglés del teatro de Moliere y Racine. Al volver a EEUU la vida académica lo esperaba, en provechosa y fructífera vinculación con su labor de traductor del francés y de poeta ya con premios en su haber, incluyendo dos premios Pulitzer.

Berni, hijo de inmigrantes italianos, supo temprano en su vida de la necesidad de trabajar, y quiso la suerte que en el taller de vidrios policromados donde, adolescente aun, consiguiera un empleo, su talento para lo visual y el color lo lanzara casi sin escalas a la tarea artística. Su sensibilidad y su entusiasmo lo llevaron a tener su primera exposición a los 15 años. Luego vendrían Europa y el crecimiento intelectual del pintor rosarino bajo la influencia de maestros y movimientos que por entonces florecían en los círculos artísticos de ese continente que era también sacudido por corrientes políticas y agitaciones financieras. Ya en Argentina, Berni se sensibiliza ante las dificultades económicas que atraviesa el país, y su trabajo se impregna de connotaciones de tinte social. Famoso es su cuadro *Desocupados*, de 1934, como lo serían más adelante sus retratos de Juanito Laguna y los de Ramona Montiel, en los cuales plasma las imaginarias pero realistas –valga la ironía– contingencias de un niño y una mujer, eslabones frágiles en los vaivenes de una sociedad recorrida por desigualdades.



Antonio Berni, *Primeros Pasos* (1936) Museo de Bellas Artes, Buenos Aires.

Volviendo a nuestro abordaje comparativo, recordemos, en ambas obras, la presencia de sendas adolescentes ejecutando una actividad artística: una de ellas danza, la otra escribe. Sus inquietudes artísticas las han puesto a prueba ante dificultades que intentarán superar: ¿podrá la danza florecer en las limitaciones del ambiente familiar y los sombríos edificios del exterior? ¿Podrá la esforzada narración de “la escritora” llegar a un final satisfactorio? Cada una está junto a uno de sus progenitores: la bailarina con su madre, quien no parece prestarle mayor atención, y la escritora con su padre, si bien ella, encerrada en su habitación, no lo sabe. Ambos progenitores están conscientes de lo que hacen sus hijas, y sus reacciones se perciben: ninguno de los dos incluye a su niña en el campo visual: la madre, con los ojos bajos, no mira a la niña, y el padre no ve a la suya: tras la puerta cerrada, percibe solo su actividad mecanográfica. La madre parece estar inmersa en preocupaciones, luchando quizás contra temores que la acosan sobre el futuro de la niña, o sobre las ilusiones rotas que su hija deberá soportar cuando enfrente la necesidad de subsistir. El verde esperanza de tela con que trabaja no es garantía de triunfo. La actitud de estos progenitores –la madre que cose, el padre que piensa– ante sus niñas es discreta, pero implícitamente sugerente de situaciones que de algún modo podrán determinar negativamente el destino de las jóvenes.

El padre en el poema de Wilbur sabe que su hija deberá librar sus propias batallas, pero no se le ocurre pensar en problemas surgidos desde el entorno –situación económica, exigencias del medio, inseguridad laboral– que puedan destruir el amor a la escritura que la joven pareciera poseer. La pertenencia a un país relativamente libre de

quiebres antidemocráticos y de largos períodos sin incertidumbres laborales, aparte de la larga tradición democrática fuerte, capaz de sobrevivir extremismos religiosos, la esclavitud y las guerras, exorciza en gran medida el temor a lo impredecible. En cambio, la madre, hija de un tercer mundo lleno de sorpresas, está poseída por la incertidumbre y por la familiaridad con que detecta un crujir de sueños rotos.

Ser artista es emprender una manera riesgosa de vivir, es adoptar una de las mayores formas de libertad. Unos días antes de su muerte, en una entrevista, Berni decía: "El arte es una respuesta a la vida. Ser artista es emprender una manera riesgosa de vivir, es adoptar una de las mayores formas de libertad, es no hacer concesiones. En cuanto a la pintura, es una forma de amor, de transmutar los años en arte." (Akifrases, Internet). Sin duda, Richard Wilbur estaría de acuerdo.

### **Bibliografía**

Alonso, Rodolfo. *Arte de ver*. Córdoba: Alción Editora, 2017.

Internet. Akifrases.com.

Koelb, Clayton y Susan Noakes. "Introduction: Comparative Perspectives", en *The Comparative Perspective on Literature*. Ithaca y Londres, 1988.

Taffetani, Oscar. "Berni, pintor de multitudes". *La Nación Revista*, 4 de setiembre de 2005.

Wilbur, Richard. "The Writer", en *The Mind-Reader*, 1976. (La traducción al español me pertenece).